

EL ECO LUSITANO.

REVISTA SEMANAL CIENTÍFICO-LITERARIA.

DIRECTOR

D. MANUEL DE LA ROSA Y GONZALEZ.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Plasencia, trimestre. 8 reales.
Fuera. 9 idem.
Extranjero y Ultramar. 13 id.
Anuncios para los suscritores á 5 cénts. linea.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Plasencia, en la Direccion, calle del Rey, 25, donde se dirigirá toda la correspondencia. Sale todos los Juéves. Pago adelantado en libranzas.—No se devuelven los escritos.

EL ECO LUSITANO.

PRINCIPALES ERRORES DE LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA.

Continuacion. (V. el núm. 7.)

Hemos dicho que Hegel pretendió dar forma científica á la filosofía de Schelling, y así es la verdad. Porque entendiendo aquel filósofo que la intuición de lo absoluto de su maestro era propiamente una ilusión vanísima, pensó sustituirla mediante la demostración dialéctica que parte de la idea de ser universal ó abstracto, considerado como causa primera de todas las cosas, conforme á la suposición admitida como ley, de que el ser se desenvuelve siguiendo las mismas leyes del pensamiento. La idea de Hegel es la idea de un ser que es á un mismo tiempo nada; la idea del ser nada, verdadera contradicción en los términos, la cual se resuelve en un proceso ó *devenir* perpétuo con que el mismo ser universal se vá esplicando mediante una serie de evoluciones sucesivas, siempre en progreso hasta llegar al hombre, donde el ser tiene ya conciencia de sí mismo, percibiendo inmediatamente su propio ser y esencia. A ese proceso lo llama Hegel Dios. Dios verdaderamente singular, que está siempre haciéndose; *in fieri*, y nunca llega al término de su perfección; porque aun el hombre mismo, á quien estas escuelas singularmente divinizan, está sugeto á la ley del progreso indefinido, que nunca acaba. Aparte de esto, Hegel no vacila en trazar á la naturaleza, á la sociedad, á la historia, á las instituciones, á las ciencias todas, la línea que han de seguir en la serie de su desenvolvimiento necesario, que no es otro sino el desenvolvimiento de la idea hegeliana. Los misterios de la fé cristiana, los explica ó pretende explicarlos, según el proceso monstruoso de su dialéctica; no vé en ellos otra cosa que pu-

ros símbolos, cuyo sentido solo á él fué dado revelar.

Hemos creído conveniente esponer con la brevedad posible tamaños delirios, porque no pueden verse sino con horror sobre todo considerándolos en sus relaciones con la sociedad, gravísimamente lastimada con tales invenciones y perniciosas falacias, formuladas en términos extraños y sorprendentes. Verdad es que nuestra patria, informada de hábitos y tradiciones católicas, las ha rechazado y rechaza; pero también es cierto que por esa misma razón el virus del racionalismo germánico ha procurado introducirse en ella solapadamente. Sabido es que los apóstoles del racionalismo en España han tratado, y tratan de difundir tales doctrinas, prefiriendo entre los varios sistemas que las contienen, el de un filósofo alemán, poco conocido á la verdad en su patria, en cuyas obras no se echa de ver tan claramente como en las de Fichte, Schelling y Hegel la impiedad que estos ostentan con mayor descaro.

Para disfrazar mejor sus dañadas teorías, y facilitar de esta suerte el imperio que aspiran á ejercer en nuestro país sobre las ruinas de la fé, heredera de nuestros mayores, los discípulos de ese filósofo rechazan la imputación de panteísmo que justamente se les dirige, y del que hacen profesión mas ó menos vergonzante en sus escritos, llámase *panenteístas*, aparentando verlo todo en lo que llaman Dios y definir y esplicar todas las cosas por ese su Dios que ni ellos mismos entienden. Y para alucinar á los incautos, profanan sacrílegos los pasajes de la sagrada Escritura, donde se lee que vivimos, y nos movemos y somos en Dios, y que no podemos sustraernos á su acción omnipotente, presente siempre por razón de su inmensidad. Pero bien examinado su sistema, luego se vé claramente que sus doctrinas no parten de la idea del verdadero Dios, sino de la del ser absoluto é indefinido que llaman Dios, en el cual encierran,

como en un todo, el espíritu, la naturaleza y la humanidad; y finalmente que el ponderado sistema de Krause, salvas ciertas especies accesorias y extravagantes, es un plagio desdichado de los errores y delirios de Schelling y Hegel, velados á los ojos del lector con fórmula hipócritas. El mismo Krause hubo de confesarlo así en el hecho de decir que estaba de acuerdo con esos dos grandes maestros del panteísmo germánico.

Se continuará.

EL RAMO DEL SANTO.

Una de las costumbres típicas de mi pueblo y que ni he visto, ni oído, tengan igual en parte alguna, es la que sirve de epigrafe á este cuadro.

El recuerdo de aquellos días de mi juventud en que concurría lleno de ansiedad á disfrutar las peripecias del ramo; el pátrio amor que me enardece, lo característico de la festividad, y el deseo de consignar en algun modo la descripción, siquiera sea sucinta del mismo, son las causas que hoy impelen mi pluma.

No entraré en pormenores sobre el origen é historia de los ramos; ni soy cronólogo, ni tengo paciencia para buscar é indagar: por lo tanto, concreto mi propósito á la exhibición de la fiesta, y dejo íntegra la cuestión histórica, á algun aficionado.

A todo el que desconozca esta costumbre puramente placentina, nada le dirá seguramente la palabra *ramo*, con que se designa en botánica á una parte del vegetal, pero en el caso presente, no guarda analogía en sus significaciones, conviniéndole mejor la de *vervena*, porque á semejanza de esta planta rastrera, arraiga de una manera portentosa; se estiende y florece en el sitio destinado á la fiesta.

Los ramos no se prodigan, á contados Santos se tributa tal honor, esos Santos llevan de antiguo el privilegio, y por nada faltaríamos á lo que sancionó la costumbre. Solo dos meses del año los celebran, Enero y Setiembre, de modo que los Domingos de aquellos meses, tienen ese aliciente mas sobre sus compañeros: son alternos, ninguna iglesia tiene dos seguidos, ni aun en el mismo mes.

Como tradicionales que son, tienen su fama; y á falta de trompeta, poseen la gaita y el tamboril; estos primitivos instrumentos anuncian el ramo y á su son se despiden; por esto el tamborilero representa la principal figura. Este indispensable elemento, es un hombre rústico, picaresco, alegre y siempre; ó casi siempre, de algun pueblo inmediato. Se pone en camino el Juéves sin otro equipo que el tamboril á la espalda y la gaita y palillo en el seno, asomando

por su entreabierto chaleco; de este modo hace su entrada triunfal en la población, sin cuidarse de fieltos ni ronda de consumos, porque sus géneros no están aun incluidos en la cartilla del ramo: se dirige incontinenti á casa del párroco, anuncia sus buenos propósitos, apaga la sed en un profundo vaso del tinto y se retira á descansar.

El Viérnes muy de mañana, antes que la aurora abra las ventanas de Oriente, está ya instalado en la plaza y dá principio á sus funciones; su clásico repertorio de música se compone de varios pasos bailables, la *marcha real*, la *pitita*, *habaneras*, y las *habas verdes*: todas estas distinguidas piezas, las altera sin descanso, poniendo en conmoción la vecindad, y arrancando de brazos de Morfeo á los que tienen el defecto de no ser madrugadores.

No está solo el tamborilero, le acompañan dos devotos encapotados, porque es de rigor que lo estén, aunque Febo se obstine en derretirnos con sus rayos; visten sus trajes mas pulcros, y se consideran orgullosos con su misión que es pedir: sin duda porque sean conocidos, usan un distintivo, que consiste en una vara alta, pulimentada, con su recaton de hierro, y targeta en la parte superior que, ó nada ostenta, ó es un santo pintado por mano profana del divino arte; una cruz remata el distintivo, y pendiente de sus brazos, llevan atadas unas roscas conocidas con el nombre de *periquillos*, ó unos conos huecos, construidos con papel pintado y que llaman *rocadores*: si el santo que se festeja es S. Blas, acompañan á los expresados objetos un manojo de cintas y hebras de sedas de mil colores. En esta disposición se acercan á las que van concurrendo por sus provisiones diarias, dando principio á formar la bola de nieve que vendrá á sufragar los gastos religiosos de la festividad... Son ya las ocho de la mañana, y los puestos de vendedoras se empiezan á levantar por falta de licitadores; entonces, terminada su misión en aquel sitio, se dirigen á recorrer las calles de la población, siempre tocando el tamborilero, siempre pidiendo los secretarios.

Tan rutinaria tarea, es alguna vez interrumpida por tal cual vecino alegre; que merced á una propina y trago de vino, les insta á descansar en el zaguan de su casa; tras varias libaciones, se organiza un pequeño baile, donde acuden por la fuerza del imán, algunas vecinas y sus admiradores, pero cuida que la estancia no sea prolongada, por no faltar al resto del vecindario. Toca el día á su término, y se retiran los tres protagonistas para repetir al siguiente iguales incidencias; pero como es la víspera del ramo, así que el crepúsculo desaparece, así que la noche tiende su tupido manto sobre el hemisferio, el tamborilero se posesiona á la puerta de la Iglesia; frente por frente á la misma, se han levantado unos rústicos candelabros que ostentan

por blasones, trozos de madera carcomida y pedazos de esparto impregnados de grasas, en número considerable; hace señal el esquilon de la parroquia, y cual si su tañido fuera una chispa eléctrica que á todos pusiere en conmoción, son arrojadas á vuelo las campanas, repica el tamboril, y aquellos combustibles hacinados, son en breve violentas hogueras que esparcen un humo espeso, acre y sofocante; los voladores se suceden con notable rapidez, gritan los niños, ríen las madres, y si al dios Eolo, antojadizo de suyo, se le ocurre poner en movimiento los elementos en que manda, una lluvia de chispas, cayendo sobre los espectadores, siembra la dispersión de una manera hartó confusa y bulliciosa: pero si la noche es apacible, entonces dura la expectación lo que duran las luminarias, ó como aquí se dice, las *cubas*.

Llega el Domingo, y de temprano conoce el transeunte, por el aparato, cuál es la iglesia privilegiada en aquel día. A su puerta se ha establecido una mesa grande, inmensa, cubierta con una cortina de damasco encarnado, que fué nuevo en su tiempo; hartó atestiguan su vetusted aquellos girones y aquellos incompletos zurcidos que con profusión ostenta; manchas de cera y de aceite, son las flores que ostenta aquel campo de carmin palidecido. Tres ó dos personas están gravemente sentadas á uno de sus frentes y recogen los donativos que poco á poco van acudiendo. A media mañana está provista la mesa; viendo una vez esta mesa, se ven todas y se ven siempre. Unos cuantos platos de peces escabechados, con adornos de hojas de limonero: otros con conejos, también en escabeche, pero amarillos á fuerza de azafran y vistosamente decorados con ramitos de albahacas; otros, con *aceitunas zapateras*; una fuente con uvas; una jaula con dos tórtolas á cuyos cuellos se les ha puesto por corbata una cinta de color fuerte: si la época lo dá de sí, hermosísimas calabazas con toscas dedicatorias inscritas en la corteza y algun *cobre* de ajos: completa el menaje un gran azafate que sirve de depósito á las limosnas, un tintero, tres libritos de papel de fumar, en cuyas hojas se inscriben los nombres de los que contribuyen á la rifa y un devocionario ó unos pendientes, para ser rifados. A un lado de la mesa hay un cordero ó un chivato á que se dá el nombre pomposo de un *hermoso carnero*, ó gran *macho cabrío*: poco mas allá un cerdo; estos son los objetos rifables, y su importe aplicado á la función religiosa. El cerdo, es animal obligado para estas rifas; no se concibe un *ramo* donde no haya tamboril, cerdo y conejos escabechados.

La mañana está dedicada á la función religiosa; misa cantada, sermón y novena forman su orden.

La tarde se pasa en la función profana: A punto de medio día, van ya acudiendo los ven-

dedores á ganar puesto: muy en breve el circuito de la iglesia es insuficiente á contener con olgura tanto industrial: comen los niños con impaciencia en sus casas; desatienden las domésticas sus quehaceres; olvidan juegos y tabernas los mozos, todos por asistir cuanto antes á aquel mercado de golosinas. No se ven mas objetos que de la clase comestible, frutas ó dulces. Hay *frutas de sarten*, que son como el deslabon que une las dos clases de objetos espuestos. Estas frutas *especiales*, se denominan *huesos de difuntos*, *turubillos* y *floretas*, que se exhiben en grandes baños de barniz colorado y que son rociados con un agua-miel sospechosa; así acude aquel ejambre de moscas que se levantan cada vez (y son muchas) que alguien pasa cerca de el puesto.

«A los salaos y dulces» ois gritar aquí y allá; ya lo sabeis, son altramuces; pedis un ochavo y os dan una cuerna llena y con añadido; la cuerna que sirve de medida, es tan esencial, tan inseparable de esta mercancía, que jamás vereis altramucera sin compañía de cuerna.

De pronto sentís un golpe en el brazo y pasa atropellando un hombre con cajón á la espalda; no es preciso preguntar que lleva, por que se encarga cada dos segundos de pregonarlo con la destemplada voz de «barquillos de canela.» «Jóven, te dice una hortelana, lléveme V. una *media* de nueces, que son fresquitas y sanas,» «¿quierè V. esta sandía? se la doy á *cala*.» Pasamos de largo, y nos encontramos de frente con una mesa redonda, y cuyo borde está erizado de puntas perpendiculares; está llena de objetos todos de pasta de caramelo, de un aspecto mate y remostado y de color tan fuertemente encarnado, debido á la anilina, que es fortuna para los niños, que sus suertes sean generalmente los objetos mas pequeños; las diversas figuras que se ostentan son: cigarros, pipas, pájaros, zapatos, perros, curas y monjas, todo pequeñito; pero en el centro, se destacan una bota mayúscula y un león gigante, por esta razón están exentos de que la rueda al girar los señale, no entran en juego.

Otras mesas presentan dulces mas aristocráticos, almendras con mas almidon que azucar, caramelos esflorecidos, dulces antidiluvianos, pardos de vejez y arrugados de desengaños: en esta mesa se juega, raro es el que compra al detall. El dulcero, con una mugrienta baraja en la mano no cesa de gritar «uno falta» aunque todavía no haya cogido vez ninguno de los seis que se precisan para hacer juego; pero mas ó menos pronto, mas ó menos tarde, han ido depositando en sus manos los seis cuartos necesarios, uno por barba, para llenar el valor de las dos onzas de almendras y caramelos: entonces combina la *turronera* baraja, y con una *limpieza* opuesta á la de un tahir, reparte tres naipes

á cada uno de los que se disputan el dulce cucurucho; vuelve las que le quedan en la mano, y la pinta que enseña, es el palo que manda; el de los jugadores que tenga el número mas alto del triunfo, gana y parte triunfante con el trofeo.

Hace años que echamos de menos unas figuritas de puro almidon y con mil trocitos de papel de oro, que representaban zapatos, sombreros de cura y otros objetos, ¿se habrá perdido el molde? Hacia un extremo, en el sitio mas despejado, en el de mejor piso, se ha establecido el baile desde un principio, dura toda la tarde, sin que haga al tamborilero impresion sensible tan larga y continua sesion. Un círculo de carne, la mayor parte de mujer, es el marco de aquel cuadro de agitacion; constantemente están bailando de seis á ocho parejas y lo verifican con tal precision y simetría, que si estais lejos, veis salir y desaparecer como una sola, aquella docena de cabezas sobre el aro que los envuelve contemplando su agilidad. Si nos acercamos podremos apreciar sus detalles: las mujeres bailan con una seriedad impropia; es inutil que querais sorprenderlas sonriendo, ni con la vista levantada del suelo; siguen imperturbables los incidentes del baile: sus parejas son ardorosas para esta clase de bailes; mentira parece que calzados con aquellos semi-zuecos, aquellos gruesos zapatos, y además completamente claveteados, sean capaces de mostrar la agilidad con que brincan; se entusiasman, arrojan el sombrero, sus manos se descomponen con el repique continuo de las castañuelas; apenas termina un baile saca nueva pareja, y parece descansar frotando sus manos contra el suelo, operacion que practica cada vez que muda de compañera; salpimenta el ejercicio con chistes que escitan la hilaridad del público y de cuando en cuando un «ole» dicho con entonacion imposible de describir, indica bien claro el entusiasmo de que está poseido; ya he dicho que al empezar frota sus manos con la tierra que huella su pareja, al terminar, abraza la columna de aire que pesa sobre la cabeza de la misma. La última luz del dia, es el signo de dispersion.

Por mas que la clase desheredada es la que mas partido saca del *ramo*, no es sin embargo, patrimonio suyo; todas las clases concurren, aunque unos tomen el sitio como punto de partida, y otros como término. Como toda gran obra, tiene el ramo su apéndice, su epílogo, que aqui lo forma la *rifa*.

Al dia siguiente, en aquella misma gran mesa, y á presencia de tres ó cuatro personas de carácter, se coloca un cántaro, y en él van introduciéndose perfectamente dobladas las hojas de aquellos librillos donde se inscribieron los nombres de los contribuyentes á la rifa. Terminada esta pesada operacion se inscribe en otra hoja igual, la palabra «cerdo», procédese á mezclarlo con aquellos nombres, mezcla que se reproduce cada veinte ó treinta nombres que salen, y un

niño de corta edad, introduce su menuda mano en la vasija; entrega una sola papeleta que es desdoblada y leida en alta voz hasta que ois pronunciar, Fulano de tal, «cerdo» ó «macho etc.» lo que indica que siguió aquella papeleta tras el nombre leido, y es poseedor incontinenti del sabroso animalito: se vierten al suelo las papeletas que aun quedaban, y en breve queda recogido y archivado hasta otro año aquel completo mobiliario.

Este es el pan nuestro de cada dia; año en pos de año se reproducen iguales escenas, tanto, que por circunstancias que no son del caso, el que esto escribe, há quince años que no asiste á ningun *ramo*, y apela al testimonio de los que no pierden uno, que digan si han observado alguna variacion, supresion ó aumento. De todos modos, es un espectáculo tan especial, se graban de tal suerte aquella variedad de incidentes, se infiltra en cualquier ánimo de una manera indeleble la alegría general, que no puedo deseáros mas que asistais á uno y me lo agradeceréis.

EDUARDO MONGE.

TERESA MULLER

por

CRISTÓBAL SCHMID,

traducido por

D. JOSE ARROYO Y ALMELA.

Teresa era una pobre jóven que apenas contaria quince años, cuando tuvo la desgracia de perder á sus padres, á causa de una epidemia que asoló á toda la comarca.

Una tarde, cuando ya el sol comenzaba á traspasar las cumbres de los montes, sola y afligida en el cementerio lloraba y oraba sobre la tumba de su madre, cuando he aquí, que sin ella apercibirse, el molinero de la aldea, hombre compasivo y lleno de caridad, vino á situarse detrás de ella, enternecido por el espectáculo que ofrecia su dolor.

«Tu lloras, pobre niña, le dijo con un acento conmovido; tus lágrimas son justas en verdad, pues las viertes por una excelente madre. Mas sabe que no siempre te es permitido afigirte, como lo has hecho hasta ahora; esto seria una falta de sumision á la voluntad santísima de Dios. Tú eres huerfanita, no tienes en el mundo á nadie que pueda interesarse por tí; con todo, ven á vivir á mi casa, tú serás en todo tratada como á hija y espero que no te encontrarás tan desgraciada.»

Teresa, llena de reconocimiento, aceptó las proposiciones del honrado molinero. Desde aquel dia, una vida completamente nueva comenzó para la pobre niña. A veces, en sus ratos de meditacion, comparaba el bienestar de que gozaba con el estado de pobreza cuasi continua que es-

perimentara en otro tiempo en la casa de sus padres, y preguntábase la amable jóven:

«¿No estoy espuesta á adquirir aquí las costumbres de un género de vida enteramente distinta de la pobre condicion en que he nacido? pues si un dia me es forzoso renunciar á esta vida de abundancia que me rodea ¿qué va á ser de mí?»

Pero cuantas veces se presentaban estas reflexiones á su espíritu, al momento Teresa recordaba esta máxima que en su niñez le repetian sus padres con frecuencia:

«Todas las posiciones de la vida, nos vienen de Dios; así acepta con resignacion y reconocimiento apuella en que le plugiese colocarte. Procura llenar todos tus deberes con fidelidad, y todo lo demás ponlo en manos de la divina Providencia.»

Excesivo era el amor que el molinero y su mujer profesaban á Teresa, á causa de su inclinacion al retiro y al trabajo, y del aseo y puntualidad con que hacia todas las cosas. Ellos no tenían ninguna hija, teniendo únicamente un hijo llamado Fritz, quien trataba á Teresa como á su hermana mas querida.

Así trascurrieron algunos años cuando el hijo del molinero, habiendo determinado el casarse, pensó que con ninguna doncella podria desposarse mas á gusto que con Teresa, y lo puso en conocimiento de su madre. La molinera no le ocultó que su padre tenía otros proyectos respecto á él, pero no obstante, prometió interceder en favor de su hijo y de Teresa.

Una tarde, despues de la oracion, que habia reunido toda la familia, la molinera hizo recaer la conversacion muy directamente acerca del futuro porvenir y establecimiento de su hijo; dando á entender, por fin, á su esposo que no la disgustaba el que Fritz tomase á Teresa por esposa.

Eso si que no, dijo el molinero, eso si que no: mi determinacion es casar á Fritz con la hija de nuestro burgomaestre; ella es una jóven recomendable tambien bajo todos conceptos, es rica, y con el dote de ambos, podrá nuestro Fritz adquirir las tierras que en otro tiempo dependian de nuestro molino. No por esto creais que me descuido del porvenir de Teresa que es una buena muchacha. Por el contrario, ella, despues de nuestra muerte, tendrá el tercio de todo el dinero contante que nosotros dejaremos. Esta parte, yo lo espero, ascenderá á una suma bastante considerable. El molino y sus dependencias pasarán á nuestro hijo, á fin de equilibrar su dote con el de la hija del maire.

—Tus proyectos son en extremo juiciosos, amigo mio, respondió la molinera; mas yo creo que Fritz ama á Teresa, en tanto que no se pasa mucho cuidado por la hija del maire. Ella es rica, sí, pero si nuestro hijo no la ama como debe amarse á una esposa, ¿de qué podrán servirle sus riquezas?

—El concluirá por amarla, porque es deber de un hijo el obedecer á su padre. Así, esta es mi voluntad y espero que se cumpa.

La prudente madre comprendió que todavia no era llegado el momento de oponerse á la tenacidad de su marido y calló. A la mañana siguiente refirió á Fritz el mal éxito de su pretension, mas no por esto le hizo renunciar á toda esperanza.

En cuanto á Fritz, amaba y respetaba demasiado á su padre para proferir la menor queja contra él. Al salir de casa, le encontró sentado al sol sobre un banco de piedra y sumido en una profunda meditacion.

Fritz se dirigió hácia él para saludarle. El molinero levantó la cabeza.

«¡Ah! ¿eres tú, hijo mio? le dijo con una voz conmovida: llegas á buen tiempo. Un arrendador de estas cercanías, al pasar por aquí me ha participado, que el ejército francés ha acampado á las inmediaciones de nuestra aldea, en donde debe tener un encuentro con los prusianos y sajones. Mucho me temo que tenga lugar aquí tan reñida batalla. Esta nueva me ha helado la sangre en las venas; pues si el enemigo se presenta en medio de nosotros, vamos á ser inevitablemente presa de la ruina, del pillage y del incendio. Y entonces, ¿qué va á ser, hijo mio, de nosotros?»

—Yo, padre mio, no puedo dar asenso á semejante noticia, respondió Fritz. Un carro, un poco grande, bien sabeis que no puede pasar por el camino que conduce á nuestra aldea; luego con mas razon no podrán pasarlo los cañones. Además, ¿cómo quereis que los soldados puedan formarse en batalla en un pais montuoso y lleno de maleza como este? Y sobre todo, si Dios nos quiere sumergir en semejante desventura, en vano será que procuremos evadirnos. Resignémonos pues, y esperemos entre tanto.

—«Dices muy bien, Fritz, respondió el anciano: mas el hombre debe en estos casos hacer uso de su razon, y no permanecer inactivo en semejantes circunstancias. Y á fé, que no concibo de qué proviene ese aire indiferente que en tí observo. Tú no has sido siempre de este modo.

Ya iba Fritz á responder á esta observacion de su padre, cuando éste, fijando sus miradas en los cercanos montes, exclamó poseido de espanto:

«¡Cielos! ¡ahí están los franceses! míralos como entran en el valle!»

Fritz dirigió una mirada hácia el lugar que le indicaba su buen padre, pero no vió sino un hombre que vestia el uniforme de los oficiales franceses, y que se dirigia solo y á paso acelerado hácia la parte del molino. Apenas el molinero y su hijo habian tenido el tiempo suficiente para reponerse de su asombro, cuando el dicho oficial llegó adonde estaban preguntándoles en buen aleman:

«Me direis si vive todavía en esta aldea una jóven huérfana que se llama Teresa?»

—Sí, sí señor.

—¿Teresa Muller? continuó el oficial.

—Ella misma, respondió Fritz.

—En ese caso, prosiguió, os suplico que la hagais venir, ó que me conduzcáis lo mas pronto posible á su presencia. Tengo precision de comunicarla una noticia.

Llamaron á Teresa.

«¿Tendreis á bien decirme sin rodeos, la dijo el oficial al verla en su presencia, si sois vos efectivamente Teresa Muller hija de Muller el tejedor, que murió en esta aldea hace muchos años á causa de la peste? Hablad, hablad con franqueza; decidme la verdad; pues va en ello vuestro propio interés.»

Teresa respondió afirmativamente. El molinero y Fritz confirmaron que así era en efecto.

—Siendo así, dijo el jóven militar, es preciso que os hable en secreto; no temais nada, separaos conmigo algunos pasos de aquí.

Al decir esto, tomó á Teresa por el brazo y quiso alejarse con ella; la pudorosa jóven, se resistia, dirigiendo una mirada llena de inquietud á Fritz, como para reclamar su proteccion contra aquel extrangero á quien no conocia, y cuyas intenciones de ninguna manera podia adivinar.

«Vé, hija mia, la dijo el molinero, no temas nada: mi hijo y yo, no te perderemos de vista.»

El oficial corrió á sentarse sobre un grueso tronco de árbol derribado, al lado de Teresa. Allí, volvió á sus primeras preguntas acerca de sus padres; le habló hasta de las particularidades y detalles mas insignificantes de la época de su niñez, y concluyó por decirle con los ojos arrasados de lágrimas:

«¡Y bien Teresa! ¿Todavía no me reconocéis?»

«De ningun modo, señor, yo os lo aseguro, respondió Teresa; yo no recuerdo haberos conocido nunca.»

Entonces el militar, separando los espesos bucles de blondos cabellos que caian graciosamente sobre su frente, mostró á Teresa una cicatriz que tenia junto á la sien izquierda.

La pobre jóven, al contemplarla, lanzó un grito penetrante. El molinero y Fritz acudieron llenos de inquietud, y júzguese cual seria su asombro al ver á Teresa en los brazos del bizarro oficial. Ella, todo á la vez, lloraba, reia, y exclamaba trasportada de alegría: «¡Oh querido Wilhelm, oh querido hermano!»

El molinero y Fritz no podian recobrase de su sorpresa.

«¡Cómo! ¿eres tu Wilhelm! exclamaron: tú que tiempo há desapareciste de la casa de tu pobre padre! ¿tú, á quien creian perdido, ahogado, ó devorado por las bestias feroces de los bosques? ¿Cómo es que volvemos á encontrarte bajo el uniforme de nuestros enemigos los franceses;

cuyo ejército dicen que ha acampado á la inmediaciones de nuestra aldea?»

Wilhelm; deseando satisfacer á todas sus preguntas, volvió á tomar asiento sobre el tronco del árbol derribado, y comenzó así el relato de su historia.

Se continuará.

UN ACADÉMICO MAS.

Acaso ignorarán nuestros lectores que en la Academia de la lengua milita ya un nuevo *cam-peon*, que ese *cam-peon* nuevo se llama *Roca-bella*. ¡Ah! La noticia me ha producido una *robustisima* impresion, como de seguro á todos aquellos á cuyo conocimiento llegare tan fausta nueva. Un *académico* de la consistencia del cuarzo, es capaz, á pesar de su *belleza*, de aplastar (1) á cualquiera sino bajo el peso de su lógica, bajo la penosísima impresion que tan *dura materia* pueda producir en la cabeza de prógimo, si á descargar sobre ella se atreve su *archi-maravillosa* humanidad.

Como crítico Clarin, Revilla ó Cadena son iconoclastas del lenguaje, si á compararnos llega el *puritanismo* de sus conceptos.

Si VV. no opinan así voy á demostrar la verdad de mi aserto.

Comentando los «*Dos recuerdos*» ensayo literario, que sin pretension alguna, vió la luz pública en este periódico, remonta (no las botas), sino su origen, y descarga una serie de denuestos contra el buen decir y el sentido comun, del cual aseguro que rece *Bella-roca*.

Procuraremos imitar sus comentarios, pues de esta manera podrán atenerse á lo que puede llegar al ciclope ser honra de los astures y aguadores.

Comienza su discurso: «Todas las épocas todas las edades, todas las generaciones, tienen sus grandes hombres.»—Como lleguen á ser tan grandes como tu de sábios, se poblará el universo.—y prosigue «que cual luminoso astro guian los pasos de la humanidad—Hijito mio, ¿acaso crees tú que la humanidad es ciega y necesita lazarillos? También te recomiendo la Gramática para que aprendas Sintaxis, buena falta te hace.—El siglo diez y nueve continua *Roca* ó *Cuarzo*, es sinónimo. «tiene también su lumbrera, gloria de la extremeña tierra y estrella refulgente»—Tú si que las haces ver á cualquiera con tus calamitosos comentarios, «cuyos primeros mas vivos destellos se reflejan—¡Por Dios!—en las columnas de una Revista extremeña por su cuna, y sustana por adopcion»—chiquirritin, me has disgustado mucho; veo que de Geografía y de Historia no sabes una palabra.—«el ilustre escritor, el poeta insignificante á quien aludimos promete dias de gloria».—Debe

(1) *Roca-bella*, dispénsame la palabra, pero me la contagiado.

ser un modelo de virtudes, porque no hablas mas que de glorias, estrellas y astros, á no ser que los invoques para de esta manera estar mas *alumbrado*, —y concluye *Roca-bella* «son tantas las bellezas y tal nuestro entusiasmo» —*se te conoce*, «que bien se nos puede permitir» —No seas licenciado — «una pública manifestacion de aquellas y de este» —no el viento — «cual la que nos complacemos en hacer por medio de la siguiente carta» —(Aquí la carta, y como cosa muy natural para el Sr. *Roca-bella*, la *gloria* núm. 3 por cierto sale á relucir.

Como prefacio es fenomenal; digo que es fenomenal, porque nadie puede concebir que en veinte líneas (aproximadamente) se digan disparates por docenas.

Ahora *Bella-Roca* da comienzo á sus comentarios, y mentira parece, que el tan digno Director de *La Locomotora*, (V. dispense) haya consentido en la insercion de vaciedades y disparates de tanta monta como las que voy á hacer notar á los lectores, para que de esta manera juzguen al *ranófilo* comentador.

Despues de algunos insulsos comentarios y al hacerlo con el párrafo siguiente «las alliyas y flexibles copas,» nos dice. —esto me *huele á sombrero clac*, ¡horror!... me he desmayado... Todos los anti-spamódico que el arte de Galeno posee, serian insuficientes para hacerme volver de mi letal estado.

Pero amigo *Peñasco* ¿qué olor es ese? dime ¿á cual le puedo comparar? ¡Si *supiera* las fenomenales narices que te suponemos! Porque apreciar el olor de un *sombrero clac* es cuanto se puede apreciar! ¿No estuvieras *súcio* y lo atribuyeras al sombrero? Vamos, picaron, fijate y dime la verdad.

Este detalle es insignificante, si se compara con el que voy á exponer á la consideracion de todos — Despues de lucir sus raras dotes en el oficio de Tony-Grice, (clowns), termina uno de sus comentarios — «*me escamo*». — ¡Esto es sublime! — No hace falta que nos lo digas, porque todo suponemos eres un buen *pez, gordo*, y con escamas inclusive. ¡Señores! maravilloso fenómeno; un *bordayo* con aspiraciones al sillón presidencial de la Academia, ofreciendo tan estupendo *pez*, las circunstancias de tener patillas y terroso color.

Infeliz *Roca*, te compadezco, y en prueba de ello nadn quiero decir de los *ojos geométricos*, color del Sol y otros mil equivalentes con que adornas el artículo ee cuestion.

Guarda tu pluma y aprende Gramática, pues esto y mucho mas se necesita para poder comentar la mas insignificante frase, con las pretensiones con que tu lo haces; de esta manera evitarás el ridiculo, y hasta mi humilde persona ensalzará tus cualidades.

Roca, aún tienes ocasion... pues yo creo que te han engañado miserablemente los que te hicieron emprender las rudas tareas periodísticas.

Y por Dios, Caballerito, no seas tan... Luis. digo tan *Lila*.

ALPHA.

UN IMPOSIBLE.

Á LA BELLÍSIMA SEÑORITA D.^a M. B.

Yo quisiera saber; loca porfía,
Del juvenil ardor;
Los misterios que encubren la armonía
Del purísimo amor.

Enseñarme tal vez, tu pretendías
Mostrándome el primor
De la luz, la belleza y ambrosía
Del purísimo amor.

Quimérico pensar; triste alegría
Efluvio del dolor;
¿Quién el arcano penetrar podría
si es mentira el amor?

FIDEL DOMINGUEZ PAEZ.

Madrid 14 de Febrero de 1880.

CRÓNICA SEMANAL.

Dos memorables hechos, dos acontecimientos dignos de ser mencionados, han tenido lugar en la semana anterior, es el primero la aparicion de un satírico autor, un privilegiado ingenio, un nuevo académico, un escritor picaresco, una inteligente pluma nacida en las alas de la gloriosa Castilla, un hombre en fin, digno de ocupar un elevado trono y cuya memoria vivirá siempre imperecedera en nuestro pensamiento.

Yo, constante admirador de las glorias de mi afortunada Patria, no puedo menos de consagrar un fugaz instante, al *insigne* autor del concienzudo artículo «un *sábido mas*» valiéndome para ello del epigrafe

UN BRUTO MAS.

Todas las naciones, todas las épocas, han tenido sabios maestros tan distinguidos sobre los demás hombres, como se diferencia el sol de los restantes astros. El siglo presente, no podía ir á la zaga de los anteriores, y se manifiesta otro genio refulgente en la ciencia, en el buen decir y en la enseñanza; esta gloria Castellana velada hasta el presente, se aparece hoy entre las columnas de una Locomotora, en el 8.º de su viage.

El émulo de Bruto y Bestia, de aquellos

sábios romanos que immortalizaron el nombre con su ciencia; promete la resurrección del buen sentido, según lo demuestra en su artículo «*un sabio mas*» analizando otro de mi pluma «*dos recuerdos.*» Son tantas las bellezas que encierra el trabajo del Bruto y Bestia moderno, y tal el tesoro de agradecimiento que encierra mi corazón hacia el profesor que me deparó mi estrella, que recomiendo la lectura del picaresco semanario; permitiéndome de paso indicaros la belleza que resalta en frases tan escogidas como *me huele, me escama, me aplasta* y otras que parecen propias de su dición y que campean en el ameno artículo. Es tal mi entusiasmo, que bien puede permitirme el afortunado Bruto, rompa su modestia presentándole al público como un hábil artista de la palabra, un consumado satírico, un intencionado escritor y sobre todo, como insigne maestro. Permítame pues el Director del Eco ocupar sus columnas con la siguiente carta que dirijo al esclarecido Roca-Bella.—Plasencia 4 de Marzo de 1880

Mi insigne maestro: tu pertinente artículo me ha colmado de entusiasmo, á semejanza de aquellos polvos de Segovia, que limpian, fijan y dan esplendor, hace resaltar tu acerada pluma, la concepción sublime de un ingenio, que señala su paso, de un modo impercedero: hoy me felicito por haber contribuido á despertar tu locuaz ingenio y por proporcionarme el encuentro de el segundo «*recuerdo*» de mi artículo, que es, tu chispa.

Tu humildísimo discípulo

Martin Torres.

Este es uno de los hechos á que me refiero el cual tiene altamente preocupado á todos los astrónomos, los cuales no cesan de hacer estudios sobre la aparición de esa estrella refulgente la cual no dudo como decia un amigo mio llegará á brillar como la noche.

Otro de los hechos ocurridos en la semana que antecede, es el enlace del digno é ilustrado Director de este periódico, con la bella y simpática Sra. D.^a Gerónima Barroso á quienes felicitamos de todas veras deseándoles una prolongada luna de miel.

Tenemos entendido que para la próxima Pascuas, una acreditada compañía dramática ofrecerá sus trabajos á este galante público llenando de este modo un vacío que tan lamentamos.

ULTIMA HORA.

Antes de terminar esta crónica me permitiré decir á nuestros lectores, que el nuevo y bien ponderado Roca-bella en el 9.^o número de nuestro colega la «*Locomotoras*» ha permitido tomar asiento de 1.^a clase para caminar de este modo con mas comodidad. Atribuyo esta resolución á su mal estado de salud, pues no siendo así no podia explicar semejante aberración. Procure dicho Sr. bien pertrechado de aceite de higado de bacalao, fosfato de hierro y otros específicos que le son tan necesarios. Mas si esta causa existiera por su bien estar, y en prueba de nuestra amistad le daré un consejo; y es que cuando tenga que hacer un viage, ocupe la *perrera* en lugar de la clase I.^a

MARTIN TORRES.

ACERTIJO.

¿En qué se parece nuestro colega, el *Extremeno* y su Director al Organo de Mostoles? (La solución en el número próximo)

CHARADA.

Prima es nota musical

dos repetida es un dios
que por desgracia fatal
prosélitos encontró.

Es mi *todo* necesario

para poder navegar

en el apacible río

ó en el borrascoso mar.

D. P.

(La solución en el número próximo.)

Solución á la charada anterior, COSENO.

PLASENCIA, IMPRENTA DE RAMOS Y LEON.